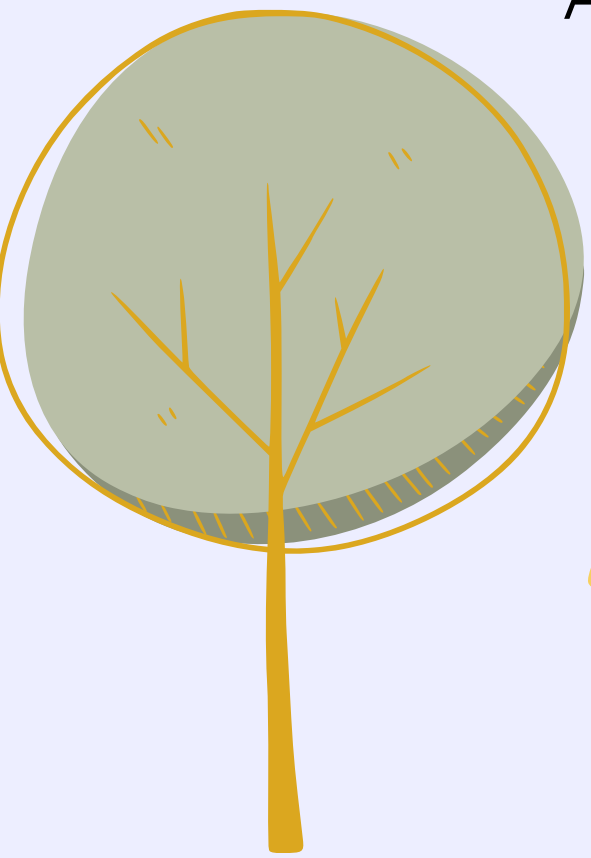
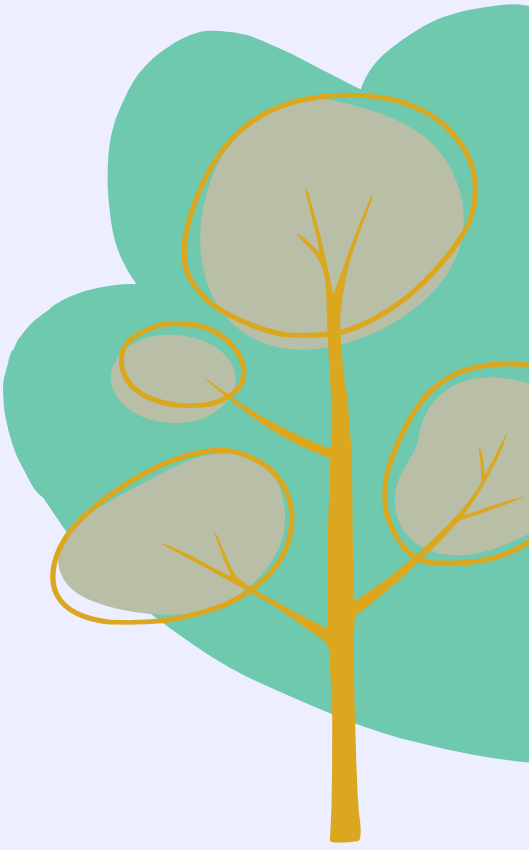
INFANCIA DE SILENCIO

Alejandra Gotóo





Mi padre estaba sentado en una silla afuera de la casa, casi frente a la puerta. Por ese entonces, era común sacar algunas sillas y colocarlas en la banqueta para pasar la tarde. Se respiraba mejor sin el bochorno de los interiores, y se tenía la ventaja de ver a la gente pasar. A esa hora muchas personas regresaban del trabajo. Había quienes se detenían a dar saludos y algunas noticias. El pueblo se conocía entre sí.

A su lado estaba mi tío Pancho. Yo todavía no sabía que Pancho era el nombre de cariño para los Franciscos. Yo tenía unos once años. Los niños nos sentábamos sobre la banqueta, sólo los mayores se tomaban el tiempo de sacar las sillas para respirar bien el fresco. A nosotros no nos molestaba que la banqueta estuviera caliente por la resolana, como los adultos decían. Yo estaba hablando animado con mis primos acerca de una película que había visto antes de venir al pueblo. En la ciudad habían estrenado Lilo & Stich.

Mi tío soltó una carcajada tan fuerte que me quedé callado. Escuché que le dijo a mi padre:
-Amador, en nuestros tiempos, no se ponían ese tipo de películas en cualquier cine.

Mi padre asintió con la cabeza y dejó salir el humo de su cigarro lentamente de su boca. La nube de humo permaneció suspendida frente a él.

Era una tarde calurosa de verano, apenas había brisa, no suficiente para no respirar ese humo. Yo los vi de reojo, pero no entendí qué querían decir. Me encogí de hombros y seguí con mi historia.

Mamá nos llamó a cenar. Yo entré dando pequeños saltos, me gustaba la casa. Se me hacía muy natural tener que pasar siempre por la habitación con velas encendidas y el altar para mi abuelo. Era la primera habitación de la casa, como si mi abuelo aún recibiera a las vistas y solo con su autorización pudiéramos entrar a ver a mi abuela, a cenar con ella, a pasar tiempo allí. Por eso, la casa siempre olía a flores.

Tío Pancho y mi padre daban grandes bocados y pasaban la mayor parte de la cena masticando. Desde hacía unos cuantos meses, se me había permitido sentarme a la mesa con las personas mayores, mis primos más pequeños aún comían en la mesita de plástico. Yo ya era un niño grande, podía cenar con los adultos. Me gustaba más la otra mesa, donde teníamos vasos de colores —el mío era el naranja—, podíamos hablar y no había tanto humo. Aquí yo permanecía callado. No quería interrumpir el ruido de los mordiscos, el masticar y el tragar de café. Como era costumbre, mi madre comía parada en la cocina, entre traer platos, llevarse otros y estar atenta de que cada quien tuviera lo que necesitaba o pedía. Cuando íbamos de visita, todo lo hacía mamá.

Mi padre habló con el bocado que tenía en la boca:
— Ya siéntate.
— Amador, todavía faltan los totopos, están en la estufa, ya casi están.

Tomó a mi madre de la muñeca y la jaló hasta hacerla sentarse a su lado. Mi madre pasó sus manos por su falda como quitando las arrugas y tomó una cuchara grande. La vi cortar un trozo de pollo con mucho cuidado. Después, puso un poco de arroz rojo y pollo en su boca. Comenzó a masticar. Mi padre encendió un cigarro, lo puso casi inmediatamente después en el cenicero de barro.

—¿Por qué llevaste al niño a ver una película así? —, preguntó mi padre con voz cargada de preocupación.
—¿Cuál, Amador?
—Llevaste al niño a ver esas cosas, maricones y sus rarezas.
—Amador, es una película infantil—, dijo mi madre con una sonrisa tímida.

Mis tías también estaban sentadas a la mesa. Sólo éramos tres hombres en la cena, los demás había salido a un poblado cercano. La construcción que se llevaba a cabo allá hacía que los bares se llenaran. Mi papá había dejado de beber hacía un tiempo y mi tío estaba haciendo un juramento a la Virgen por la enfermedad de su esposa. Por eso eran los únicos cenando con las mujeres y conmigo.

En la cocina los totopos seguían sobre la estufa. Comenzó a oler a maíz quemado. Mi madre hizo un ademán para levantarse. Mi padre la miró en silencio, ella se quedó quieta. Tomó un trago de agua de tamarindo y trató de explicarse:

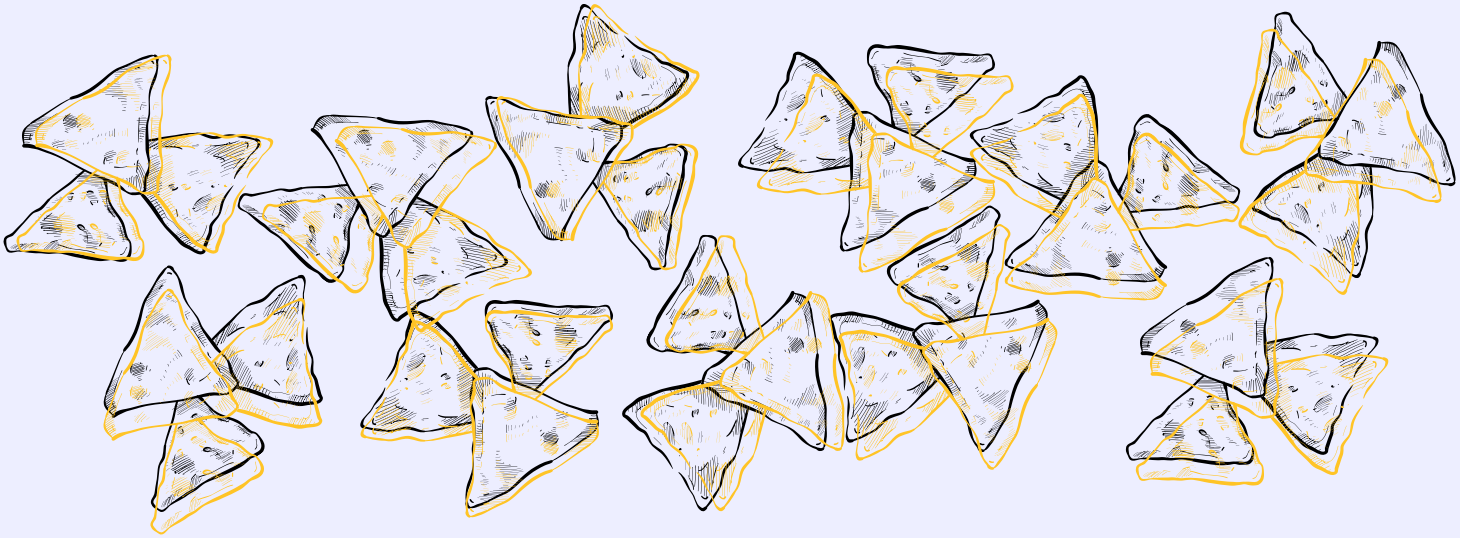
—Es una película para niños, Amador. La niña se llama Lilo. No tiene nada que ver con lo que imaginas.
—No quiero que vuelvas a llevarlo a nada parecido.
—Amador, es una caricatura, dibujos…

Se quedó a media oración, como si sus ideas también se hubieran quedado sin terminar. Mi tío Pancho se levantó y se dirigió a la cocina murmurando algunas palabras que no logré distinguir. El humo del cigarrillo se mezclaba con el olor a quemado de los totopos. Mi tío los colocó sobre la mesa, estaban casi completamente negros.

Mi abuela estiró sus manos para tomar un trozo. Lo colocó en su boca. Mi padre encendió otro cigarro. Mi padre encendió otro cigarro. Permanecimos en silencio. Mis tías parecían

estatuas. Solo se escuchaba a mi abuela masticar y sorber el café. Pienso que ya estaba sorda en ese entonces, quizá por eso no dijo nada.

Esa noche me fui a la cama sin tomar café. Me gustaba remojar los totopos en el café y después poner un trozo de queso sobre ellos. Antes de irme, miré la mesa donde se sentaban mis primos más pequeños.



SEMBLANZA

Alejandra Gotóo (Ciudad de México, 1991)

Soy maestra en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana. Mi tesis discute sobre la modernidad, el cuerpo y la mente de los sujetos biomédicos frente a la pandemia de COVID-19. He publicado los ensayos “Rituales, velas y rezos: réplicas de la realidad ante la COVID-19” en Monolito y "La mente y el cuerpo en las ciudades modernas, del estructuralismo a la bioetnografía" en Aion. Soy autora de Ruptura (2011), novela que versa sobre las desigualdades de género que en el momento de escribirla pensaba cotidianas. Mi obra incluye: “Sabía que teníamos que matarlo” (2021), “De espejos y reflejos” (2021) y “Al sur de la frontera” (2021), entre otros cuentos. El año pasado me hicieron una entrevista para Dubrovnik Times, en el que actualmente escribo. Mi más reciente proyecto es Isadora o el amor absoluto, novela publicada en febrero del 2023.